

La Natividad del Señor

Solemnidad

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros
(Jn 1, 1-18)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Is 9,5)

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva a hombros el principado, y es su nombre:
«Mensajero del designio divino».

Se dice «*Gloria*»

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza; y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad por Jesucristo; concédenos compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana.

PRIMERA LECTURA (Is 52,7-10)

Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios

Lectura del libro de Isaías

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: «Tu Dios es Rey»! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén; el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

SALMO RESPONSORIAL (Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd-4. 5-6)

R/. Los confines de la tierra han contemplándola victoria de nuestro Dios.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. **R/.**

El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. **R /.**

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. **R/.**

Tañed la cítara para el Señor
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Hb 1,1-6)

Dios nos ha hablado por su Hijo

Comienzo de la carta a los Hebreos

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, ¿hoy te he engendrado»? O: ¿«¿Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo»? Y en otro pasaje, al introducir en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios.»

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Lc 1,38)

R/. Aleluya, aleluya

Nos ha amanecido un día sagrado; venid, naciones, adorad al Señor, porque hoy una gran luz ha bajado a la tierra.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Jn 1,1-18)

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros

Lectura del Santo Evangelio según San Juan

En principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Éste es de quien dije: El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo.» Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia: porque la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Se dice «Credo»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, en la fiesta solemne de la Navidad esta ofrenda que nos reconcilia contigo de modo perfecto, porque en ella se encierra la plenitud del culto que el hombre puede tributarte.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Sal 97,3)

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia: hoy que nos ha nacido el salvador, para comunicarnos la vida divina, humildemente te pedimos que nos hagas igualmente, partícipes del don de su inmortalidad.

Lectio

El Cuarto Evangelio se abre con este extraordinario pasaje poético, que es un himno a la Palabra de Dios que se revela y obra en el mundo. Los primeros trece versos, que componen la primera parte del himno, nos presentan la Palabra desde su origen: estamos en el contexto de la relación entre las Personas Divinas. La Palabra de Dios, en un momento determinado, entra en contacto con el mundo, con la humanidad, es decir, con nosotros, encarnándose. Este evento se canta en un estallido de alegría en el versículo 14, en el que comienza la segunda parte del Prólogo (vv. 14 a 18). Sin embargo, este don de Dios, totalmente gratuito, muchos no lo ven o lo rechazan. Sin embargo, también hay quienes se dan cuenta y lo aceptan. Acogiendo la Palabra es posible convertirse en hijos de Dios: la "buena noticia" de la filiación divina se encuentra justo en el centro del himno (vv. 12-13).

El "Prólogo" del Evangelio de San Juan, una página muy particular del Evangelio: no es Jesús el que habla, ni se relata algún hecho de su vida, de modo semejante al resto de Evangelio. El Evangelista, en lenguaje poético, nos habla de los orígenes de Jesús y de su venida hacia nosotros.

Es un Himno, en el que con profunda admiración y alegría, se nos dice que éste recién nacido no es otro que el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo, la Palabra misma de Dios que ha existido desde siempre, y que es el mismo Dios. ¿Por qué este himno se refiere Cristo diciendo que Él es el Verbo de Dios? "En el principio estaba el Verbo..." nos recuerda las palabras con las que empieza la Biblia, en el libro del Génesis: allí se nos enseña que Dios hizo todas las cosas por su Palabra: Dios dijo, y las cosas fueron hechas. Dios tiene una Palabra omnipotente. Una Palabra que expresa dinamismo, fuerza, que cumple inexorablemente lo que dice, una Palabra llena de vida... No es cualquier Palabra, sino un verbo, El Verbo... Por eso, para expresar la relación entre Dios padre y Dios Hijo, se lo llama a Cristo "Verbo de Dios": las palabras, los verbos que salen del corazón de una persona expresan su intimidad, revelan su corazón... En este caso, EL VERBO del Padre manifiesta al Padre.

Y en este Verbo omnipotente, en el Hijo Eterno del Padre, se encuentra la LUZ y la VIDA: la creación que Dios obra por su Verbo es un despliegue de luz y vida, que vencen a la oscuridad y la muerte.

Así, pues, todo el mundo ha surgido a la existencia por la fuerza del Verbo de Dios. Por eso toda la creación "nos habla" de Dios: porque nos remite a su Poder. Y por eso contemplando todo lo que existe, podemos "escuchar a Dios", que silenciosa pero maravillosamente nos habla por sus criaturas: el cielo estrellado; el amanecer y el atardecer; la majestuosidad del mar inmenso; la belleza de un paisaje nos habla de que hay "Alguien" detrás, sin ninguna duda. Pero ante esta presencia, los hombres reaccionan de diversas maneras: Algunos, admirados de estas obras, las adoran como a dioses (Sol, Luna, estrellas)... v Otros andan tan tristes y abatidos que ni siquiera levantar la cabeza para verlas. Si contemplasen la grandeza de la creación sólo por momento, descubrirían que Dios les está hablando "el Verbo estaba en el mundo, pero el mundo no lo conoció"... Pero Dios no renuncia a dialogar y compartir con nosotros, y nos habla de un modo aún más claro: (IIª lectura: Heb.) "En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo". Dios se eligió un pueblo: Israel Le envió mensajeros de parte suya: patriarcas, profetas, Moisés Les dio a conocer su Palabra: que al venir el mundo venía a su casa. "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron": Israel no supo reconocer al Salvador... Pero Dios no renuncia. No se rinde. Nos hablará tan claramente que nos dejará sin argumentos Ya que no queremos escuchar su voz en la Creación, ni en los profetas, Dios enviará a Su Verbo, Su Palabra Personal y definitiva, para que nos hable de un modo aún más claro: el Verbo se hace hombre como todos nosotros. Se hace carne, concepto que en la Biblia indica toda la debilidad inherente a la condición humana, incluido el dolor y la muerte. Sin dejar de ser lo que era, comenzó a ser lo que no era. Jesucristo, nacido en Belén y recostado en un pesebre, es el Verbo todopoderoso de Dios, Verbo que creó el mundo, que existió desde siempre, que es Dios; Verbo que de tantas maneras ha querido hablar con los hombres, que se han negado el diálogo. Después de esto, Dios Padre ya no hablará más: en el Verbo hecho carne nos ha dicho todo, nos ha

contado todo, nos ha dado todo: "ya no los llamo servidores... los llamo amigos... todo se los he dado a conocer" (Jn. 15,15).

Llegará el momento en que los hombres tomaremos a éste que hoy es un recién nacido, por nosotros y por nuestra Salvación, y lo clavaremos en una Cruz. Allí comprendemos hasta donde llega el Amor de Dios: "tanto amó Dios al mundo..." (Jn. 3, 16). Al hacerse hombre débil como nosotros, el Verbo no dejó de ser lo que era: el mismísimo Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Viene a buscarnos para elevarnos: el Hijo Dios se hizo hombre para que el hombre comience a ser hijo de Dios. Al hacerse Él de nuestra raza, todos comenzamos a ser familiares de Dios.

Así, pues, el Verbo de Dios nos habla nuevamente, clarísimamente, en nuestra lengua. Todos estamos invitados a acercarnos al pesebre, para ver al recién nacido. Su presencia tiene que hacernos reflexionar. En este Niño, Dios nos está diciendo que nos ama... y hasta dónde. Nos está pidiendo que salgamos de nuestro egoísmo y nuestra indiferencia, que nos abramos a Él y a los demás hombres. Nos invita a todos a ser la familia de los hijos de Dios. Dios podría haberlo "tenido todo"... y prefirió venir sin nada: a todos los que viven metidos en "su mundo", "sus cosas" y no salen de allí, el Niño recién nacido los invita a levantar la mirada para descubrir a Dios y a sus hermanos. Al presentarse tan frágil entre nosotros Dios nos quiere "pegar un sacudón": Él está entre nosotros, somos sus familiares: aprendamos a descubrirlo. Descubramos su Salvación que es para todos, en este día en que "los confines de la tierra contemplan la victoria de nuestro Dios" (Isaías, Iª lectura).

Apéndice

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

Concebido por obra y gracia del Espíritu Santo...

484: La anunciación a María inaugura la plenitud de «los tiempos» (*Gál 4,4*), es decir, el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a Aquel en quien habitará «corporalmente la plenitud de la divinidad» (*Col 2,9*). La respuesta divina a su «¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (*Lc 1,34*) se dio mediante el poder del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (*Lc 1,35*).

485: La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, Él que es «el Señor que da la vida», haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

486: El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María, es «Cristo», es decir, el ungido por el Espíritu Santo, desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores, a los magos, a Juan Bautista, a los discípulos. Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará «cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (*Hech 10,38*).

...nació de santa María Virgen

487: Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo.

488: «Dios envió a su Hijo» (*Gál 4,4*), pero para «formarle un cuerpo» quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija

de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (*Lc 1,26-27*):

El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida (*LG 56*).

489: A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno y la de ser la Madre de todos los vivientes. En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada. Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel, Débora, Rut, Judit y Ester, y muchas otras mujeres. María «sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación».

«Hágase en mí según tu palabra»

494: Al anuncio de que ella dará a luz al «Hijo del Altísimo» sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo. María respondió por «la obediencia de la fe» (*Rom 1,5*), segura de que «nada hay imposible para Dios»: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1,37-38*). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención: Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, «por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano». Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar: «el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe». Comparándola con Eva, llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman con mayor frecuencia: «la muerte vino por Eva, la vida por María».